

Posibilidades y riesgos del Plan de Reactivación del gobierno PP

MANUEL FUNES ROBERT*

El esquema originario del PP estaba apoyado en una rectificación general a la baja en lo que toca a la presión fiscal, en un ataque directo al gasto público, en una aceptación a ciegas del plan de convergencia y, en segundo plano, una no confesada reforma del mercado laboral, por supuesto a la baja para el asalariado, y en privatizaciones generalizadas. La financiación quedaba abandonada en su cuantía y en su precio a la voluntad libre del Banco de España y al capricho de los mercados extranjeros. De esto se deduce ya la inconsistente base del

sistema reactivador en cuanto la financiación quedaba en manos ajenas o, por lo menos, lejanas y no controladas. Y con ello, la implantación del programa se confiaba e iba a descansar nada más y nada menos que en el azar.

«La independencia del Banco de España aceptada por el PP en su día impide al Gobierno actuar sobre el precio capital, que es el tipo de interés, salvo lo que pueda conseguir acudiendo al ruego y al favor del Gobernador.»

Cualquier proyecto, público o privado, por minucioso y bien preparado que esté en cada uno de sus puntos básicos, descansa sobre la arena si el autor del mismo, al preguntarle por la cuantía de la financiación de que va a

* Profesor de la Escuela Superior de Gestión Comercial y Marketing.

disponer, nos dice que este punto no depende de él. La independencia del Banco de España aceptada por el PP en su día impide al Gobierno actuar sobre el precio capital, que es el tipo de interés, salvo lo que pueda conseguir acudiendo al ruego y al favor del Gobernador. La libertad de movimiento de capitales convierte asimismo en incontrolable la financiación exterior, obligando también en esta vía a confiar en la persuasión y el *buen ejemplo para* captar fondos extranjeros transformables en financiación interna.

Ha ocurrido para sorpresa de muchos que la componente azarosa que acabamos de describir se ha despejado, al menos de momento, a favor del Gobierno. Cuando se temía que la rebaja de los tipos de interés ahuyentaría al capital extranjero se acaba de descubrir la realidad contraria, esto es, la afluencia de dichos capitales visible en las últimas semanas, se apoyaba precisamente en las expectativas de la reducción de dichos tipos. Y cuando podíamos pensar que el Sr. Rojo iba a mantener el rigor convencional nos sorprende con una baja inesperada. Y una nueva sorpresa. Las bajas en origen ante las cuales la banca privada reaccionaba con la promesa de trasladarlas a *sus mejores clientes*, en esta ocasión se desata una competencia a la baja en el mercado hipotecario como nunca se vivió. Y además, todos los agentes sociales económicos, mercados extranjeros incluidos, dan por supuesto que la baja de los tipos de interés va a continuar. Por obra de la Providencia el punto confuso y débil del programa del PP se resuelve a su favor y, con ello, hay que declarar firme la posibilidad de que la reactivación sea un éxito y una realidad.

Esta sorpresa convierte en histórico el programa de reactivación del Gobierno, que puede pasar a la historia como el punto de inflexión en el

«Continuando la reseña de lo positivo del plan, se debe mencionar el ataque directo a costes esenciales como son los del suelo y los de la energía y del dinero consolidaría definitivamente la recuperación.»



camino hacia la buena ventura. Para ello se precisa consolidar esta base de partida, mantener e intensificar la competencia bancaria a la baja, haciéndola llegar al consumo, que es el verdadero y último motor teniendo en cuenta que estos tipos de interés todavía no se han movido a la baja desde el 12 al 14 por ciento en que están. Continuando la reseña de lo positivo del plan, se debe mencionar el ataque directo a costes esenciales como son los del suelo y los de la energía. Menor coste del espacio, de la energía y del dinero consolidaría definitivamente la recuperación.

También resulta positivo que al vivir la sorpresa de esa colaboración financiera con la que no se contaba, el Gobierno mitigue sus afanes por recortar el gasto público y no deje a medio hacer inversiones en estructura comenzadas. El aumento de actividad es el remedio natural y soberano contra esos males erigidos indebidamente en fundamentales y prioritarios como son la inflación y el déficit. Más actividad es más oferta cuando hay recursos ociosos, y no más inflación. Más actividad supone más ingresos ordinarios para el Estado y menos gastos extraordinarios y, por tanto, menos déficit. Esos equilibrios macroeconómicos se consiguen mejor por vía indirecta y a posteriori, y no por vía directa y a priori.

Cuando parecía que las condiciones de convergencia se trataban de cumplir mediante una acción directa y cruenta empezando por las duras y dejando para el final la cuarta, o sea, la homologación de los tipos de interés, nos encontramos con que al final se aplica nuestra tenaz recomendación, que ha sido siempre comenzar por la baja de los tipos de interés y confiar en que ésta actuaría como la llave maestra que lograría el cumplimiento suave y automático de las demás condiciones. Y de esta

forma, en lugar de acceder a la UME mediante una cura de empobrecimiento y paro, podremos hacerlo por el camino positivo del relanzamiento efectivo. Hasta la promulgación del plan teníamos que el tema tipos de interés se dejase para el final. Y al ponerse al principio nos felicitamos y nos sumamos a los que auguran éxito al programa. Sería deseable que el Gobierno, de igual modo que ha perdido gas en su enfermiza obsesión por reducir el gasto público, hiciera otro tanto con la reforma laboral. Y no sólo por evitar contiendas con los sindicatos, sino para servir al empresario privado, que no se da cuenta que reducir los costes salariales y abaratar el despido es política suicida para la empresa.

En efecto, bajo la libertad y baratura del despido, cada empresario despide a los que en este momento y ante esta demanda le resultan innecesarios. Pero el asalariado que a él le sobra es el cliente que necesita otro empresario el cual, al aplicar el mismo principio, despedirá al que el primer empresario necesitaba como cliente. De este modo, la flexibilidad laboral desencadena una inadvertida guerra entre los empresarios y no entre éstos y los asalariados. Todos compiten por salvarse disminuyendo la demanda y la clientela de los demás. Y así, el empresario que hoy ve su salvación en despedir al 20 por ciento de la plantilla se encontrará, cuando todos hagan lo mismo, que le sobra el 30 por ciento. La flexibilidad laboral es un caramelo envenenado para la empresa y es incomprensible que los representantes de la misma no se den cuenta de esta verdad. La respuesta sensata a este problema es negar libertad de despido y quitar los deseos de despedir mediante el restablecimiento de la demanda al nivel que puede tener si a los consumidores se les

levanta la losa fiscal y la losa crediticia que en opinión de Modigliani mantienen en España reducida en un 30 por ciento la capacidad de compra de la población.

Los líderes sindicales, aparentando defender únicamente a los asalariados, están defendiendo al empresario y haciendo más por éste que sus representantes en la CEOE. La precariedad en ascenso quita valor al argumento convencional de que los sindicatos defienden a los trabajadores empleados en contra de los que carecen de empleo, pues al ser la mayoría de los contratos a tiempo cada vez menor, la diferencia entre no tener trabajo y tenerlo por unos días es irrelevante.

« Y de esta forma, en lugar de acceder a la UME mediante una cura de empobrecimiento y paro, podremos hacerlo por el camino positivo del reíán/amiento efectivo.»



El continuo debate sobre la reforma del mercado laboral está produciendo un efecto perverso en el empresario. Se le está haciendo pensar y dedicar más tiempo a reducir su nómina que a aumentar sus ventas, cuantos mantienen vivo ese debate están creando subliminalmente la idea de que el negocio y el beneficio empresarial tiene

mucho más que ver con la extensión de la nómina que con la cantidad y calidad de las ventas. Con un efecto adicional: si algún empresario piensa en llamar a algún parado, lo deja para más adelante puesto que oye por todas partes decir que dentro de poco las condiciones de contratación van a ser mejores para él en cuanto empresario.

Esta obsesión por flexibilizar este mercado tiene su origen en un principio liberal cuya falsedad nos ha tocado vivir. Se decía que en tiempos de crisis dicha flexibilidad permitiría superarla, pues el descenso de remuneraciones salariales aumentaría la demanda de trabajadores por parte del empresario. Se afirmaba que los sindicatos

eran responsables de la famosa *rigidez a la baja de los salarios* y por tanto, los culpables de que hubiese paro. Hemos visto en nuestros días que los salarios no eran rígidos, sino muy flexibles a la baja, cada vez los parados se conforman con menos y, pese a ello, la crisis no se remonta por algo que no vieron los economistas liberales: que el salario a la baja es demanda a la baja. Cuando Anguita dice "vamos camino de trabajar por la comida" no termina la frase. El día que todos trabajemos por la comida, solo se producirá comida, pero en ese caso se quedarían también sin comer parte de los que producen comida, pues el 90 por ciento de la población activa empleada en fabricar los restantes artículos se habría quedado sin trabajo con lo que la necesidad de producir comida se habría reducido drásticamente.

La relación del salario con la demanda es la asignatura pendiente del economista neoliberal. Y sería una desgracia para el Gobierno PP que cuando empieza a reactivarse la demanda con la mejora de las condiciones monetarias y crediticias volviera a caer dicha magnitud básica por la victoria de los obsesos por la flexibilidad laboral, que no conviene a nadie y al empresario menos que a nadie.

La política de privatizaciones es otro puntal del programa PP que podría esperar, pues buscándose con ella allegar fondos para cubrir el déficit, sólo cuando sea imposible lograr ese objetivo con el aumento de la renta, es lógico acudir a la realización de patrimonio. Si el plan tiene éxitos, los ingresos ordinarios aumentarán y los gastos extraordinarios disminuirán.

En todas nuestras recomendaciones sobre la manera de interpretar y aplicar las condiciones

de convergencia hemos sugerido poner en primer lugar y comenzar por la cuarta condición, la homologación de los tipos de interés. Y de una manera imprevista, y gratificante, nos encontramos con que el Gobierno la pone en práctica o se ha encontrado con circunstancias que producen el mismo efecto. Reforma laboral, privatizaciones y recortes del gasto público, deben ser suspendidas porque pudieran ser innecesarias cuando no contraproducentes.

En cuanto a la reforma fiscal, por lo que tiene de colaborante y convergente con la política monetaria expansiva a la hora de levantar la demanda, debe mantenerse en los términos que anunció el PP aceptando la propuesta que le hice en mi "*Programa de Primeros Auxilios*", La reducción de tramos es conveniente y el argumento del PSOE de que de esa manera se beneficiaba a los ricos y se perjudicaba a los pobres, al abarcar con un solo tipo bases que antes eran tratadas con tipos distintos, es argumento baladí. Siempre que el número de tipos sea menor que el número de bases contenidas en la tabla IRPF se producirá el fenómeno que escandaliza al PSOE, esto es, que una renta

mayor y una menor serán tratadas por igual a la hora de calcular la cuota. Pero la eliminación de esta injusticia nos hace caer en otra mayor: si a cada renta le asigno un tipo, diferencias insignificantes de rentas provocarán tratos distintos. Un salto insignificante, en teoría de una peseta, provocará un aumento de rigor fiscal. Esta es la respuesta que Rato pudo dar y no dio a Solbes cuando éste, en TVE, silenció a su sucesor con el argumento irrelevante comentado.

« Se le está haciendo pensar y dedicar más tiempo a reducir su nómina que a aumentar sus ventas, cuantos mantienen vivo ese debate están creando subliminalmente la idea de que el negocio y el beneficio empresarial tiene mucho más que ver con la extensión de la nómina que con la cantidad y calidad de las ventas.»

En medio de la coyuntura sor-

prendentemente positiva de que el proceso de cambio haya empezado por bajas de tipos de interés, que sólo serán efectivas cuando lleguen al consumo, la incoherencia temporal sigue haciéndose presente en el desarrollo del programa Rato. Antes de realizar la anunciada y prometida reforma fiscal, ponen en marcha un plan de represión del fraude fiscal, que ha de entenderse como la persecución de quienes incumplen con las leyes vigentes que el PP había prometido reformar por considerarlas malas. Y ahora resulta que el malo es el que se subleva contra ellas por la vía del impago. Pese a mis advertencias en privado no hacen mención a que el mayor defraudador de las leyes fiscales vigentes es la Hacienda Pública. ¿Qué diríamos de un contribuyente que mantuviera año tras año en sus manos un billón de pesetas en contra de lo dispuesto en dichas leyes? Pues eso hace la Hacienda con las retenciones que posteriormente devuelve tras comprobar que según su propia ley no puede quedarse con ellas. Pero en el momento de devolver las de un año... ha retenido las del siguiente con lo cual tiene en sus manos un billón de pesetas que no le pertenecen. Es difícil encontrar un defraudador de las leyes haciendísticas que supere en cantidad y calidad a este fraude gigante y permanente.

En conclusión, el programa Rato ha comenzado con un buen pie que puede verse menoscabado en su eficacia por los confusos y contradictorios pasos posteriores

i abrimos alguno de los mejores suplementos de libros como el del *ABC* o *La Vanguardia*, tropezaremos de inmediato con la lista de libros más vendidos. Dicha lista se divide siempre en dos apartados: ficción y no ficción. Por ficción se entiende sobre todo poesía, novela y teatro. La no ficción se refiere a una mezcla extremadamente variada de textos. No ficción —un término que los anglosajones han acabado por imponer—

reúne una mezcla en la que se confunde con el ensayo la historia, la filosofía, la ciencia política, los reportajes de viajes o los epistolarios en una clasificación de fronteras tan inciertas que en ocasiones resulta confusa. Dentro de este conjunto de prosa denominada no ficción, lo más abundante es lo que podríamos denominar ensayo. Antes de que la palabra fuera acuñada en el siglo XVI por Montaigne, el ensayo recibía el nombre de tratado y designaba el intento de estudiar un tema con seriedad, con consistencia pero, en general, desprovisto de encanto literario. En este sentido, este tipo de trabajo intelectual no tenía tampoco demasiado que ver con el tono didáctico de algunas obras de la Antigüedad, como por ejemplo la "Retórica" o la "Metafísica" de Aristóteles. Sin embargo, conviene no olvidar que ya en los romanos se cultivó un modo de escritura próximo al ensayo. Ciertos textos de Cicerón, de Séneca o de Plutarco, son análisis que se refieren a aspectos de enorme interés para la vida individual y social pero que no tenían ese tono tan docente, tan didáctico, tan estrictamente filosófico, que podemos encontrar en Aristóteles.

El cristianismo implicó una cierta vuelta al didactismo al que nos referíamos anteriormente. Textos como las "Confesiones" de S. Agustín o el del teólogo, por poner un ejemplo, del siglo XII, Abelardo, tenían un afán didáctico que no se centraba en lo que con la llegada del Renacimiento nos vamos a encontrar como una referencia más frecuente, más subrayada, más intensa, al propio yo del que escribe.

Fue precisamente Montaigne quien puso en primer lugar esta marca, esta manera dis-

«De este modo, la presencia en primer plano del autor, la presencia del yo se hace evidente. Esto convirtió al ensayo en una nueva forma, en un nuevo simbolismo, en una nueva actitud hacia el propio autor.»



tinta de hacer las cosas. Con Montaigne la nueva forma de escribir que denominamos ensayo se logra por primera vez —con la excepción quizá del epistolario—. De este modo, la presencia en primer plano del autor, la presencia del yo se hace evidente. Esto convirtió al ensayo en una nueva forma, en un nuevo simbolismo, en una nueva actitud hacia el propio autor. Montaigne construyó un tipo de escritura que ha sido practicado con enorme éxito después de él por hombres tolerantes, no dogmáticos, y urbanos. No en vano él llamó a sus obras "Essais", es decir, ensayos que él definió como textos consustanciales con su autor, concernidos con su propio yo, parte integrante de la vida del autor.

Nacido en febrero de 1533, Miguel de Montaigne fue hijo de una familia acomodada. Su madre descendía por parte de padre de una familia de españoles convertidos al catolicismo. Muerto su padre en Junio de 1568, y vendido su puesto en el Parlamento, como se hacía en la época, se retira a su castillo y dedica nueve años, desde 1571 a 1580, a trabajar en el primero de los dos libros de sus "Ensayos".

Con la llegada de la Ilustración en el siglo XVIII, el ensayo con su flexibilidad, con su brevedad y con su potencialidad para la ambigüedad y para las alusiones de todo tipo, se convirtió en un vehículo muy usado de criticismo social y de análisis..

Si saltando en el tiempo llegamos a la Segunda Guerra Mundial, encontraremos que, significó un cierto declive del ensayo. De pronto, el lector de periódicos y de revistas culturales empezó a ser más atacado que seducido. El ensayo llegó a contemplarse como algo más bien propio de Enseñanza Media, quizá por ello la voz "ensayo" en el diccionario de María Moliner denomina a éste como: "Composición literaria constituida por meditaciones del autor

sobre un tema más o menos profundo, pero sin sistematización filosófica". El Diccionario de la Real Academia tampoco es más benigno y por ensayo entiende: "Escrito generalmente breve constituido por pensamientos del autor sobre un tema sin el apartado ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia".

Es una pena que se olvide o que no se considere lo suficiente que el ensayo requiere una información vasta y variada, que conviene exponer sin pedantería ni excesiva especialización, que debe producir la impresión de haber sido compuesto espontáneamente, dando la sensación de que ha sido escrito con entusiasmo y vivacidad. Ha de comunicar una experiencia y la personalidad del autor, a veces con un cierto aire de diletantismo que no tiene por qué ser verdadero, pero siempre con un amor por el texto que tiene que ser accesible y quedar al alcance de la mano del lector para que éste se deleite con el trabajo de una mente fina y sensible.

Analíticos, marxistas y lúdicos eran tres grandes grupos que marcaban el panorama del ensayo en el momento de la muerte de Franco. La modernización del país ha rebajado sus perfiles y diversificado sus intereses, se ha saldado el histórico déficit de europeización con un seguimiento de cuanto acontecía en el mundo; ese es su lado positivo, en el negativo vemos que ha primado la información sobre la creación.

Después de la muerte de Franco podemos señalar, en primer lugar, que los ensayistas no han sido nunca, salvo raras excepciones, estrellas del mundo cultural español, un puesto más dedicado a novelistas, poetas, cineastas y artistas plásticos.

« Es una pena que se olvide o que no se considere lo suficiente que el ensayo requiere una información vasta y variada, que conviene exponer sin pedantería ni excesiva especialización.»



Hay quien opina que en España se está llevando a cabo una reactivación del papel de los intelectuales, de los ensayistas, pero sin embargo no acaba de ser del todo patente esta recuperación. En los años 70 Jorge Herralde, desde Anagrama, impulsó, junto con otros editores, uno de los momentos más felices del ensayo, sobre todo del ensayo sobre temas políticos. Tras la muerte de Franco entramos en una época de ebullición ideológica.

Con todo, se trata de épocas breves de brillo: tras el boom del ensayo de los 70 pasamos por el famoso desencanto, años en los que la curiosidad de la gente por la política y la reflexión social disminuye y las ventas bajan.

En ensayo se ve compensado en ocasiones por determinados premios. El Ministerio de Cultura ha venido otorgando el Premio Nacional de Literatura, que en la modalidad de ensayo se creó en 1976 como reconocimiento a aquellas obras que destacan por su creatividad, preocupación por el lenguaje y expresión literaria, originalidad y expresividad artística.

Dotado con 2.500.000 de pesetas, el Nacional de Ensayo reúne a un buen grupo de intelectuales, pensadores y profesores de universidad de todo el país. Excelente premio para un modo de escritura que debe perdurar.